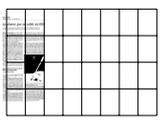


	Tirada:	0	Sección:	-	
	Difusión:	0	Espacio (Cm_2):	436	
Nacional Suplem. Semanal Semanal	(O.J.D)		Ocupación (%):	50%	Imagen: Si
	Audiencia:	0	Valor (€):	0,00	
	(E.G.M)		Valor Pág. (€):	0,00	
	31/12/2005		Página:	2	

Francisco Muro

Presidente de Otto Walter. opinioneye@recoletos.es

La pluma que no sabía escribir

A veces en la empresa hay profesionales *raros* con habilidades especiales. No les deje de lado, descubrirá un grupo de elite que reforzará su equipo.

Había una vez una pluma que no sabía escribir y que vivía con otros compañeros en un gran estuche. Varias veces la habían escogido, pero siempre la devolvían con un decepcionante: "¡Esto no escribe!". Estaba asustada, no sólo porque los demás murmuraban, sino porque creía que acabaría en alguna papelería. Intuía que la próxima vez no tendría la suerte de que volvieran a dejarla en el estuche. En la siguiente ocasión vendría su fin.

Todos los demás la llamaban la *Rara*, porque no sabía escribir y quizá también por su diseño un tanto peculiar, porque no se jactaba de nada y, desde luego, porque tenía otra forma de ver las cosas. El rotulador rojo siempre hablaba de lo maravilloso que era su brillante trazo que se veía desde lejos. Los subrayadores amarillo y verde fosforito alardeaban de su condición: "Sólo nos usan para destacar lo más importante". ¡Eran unos odiosos presumidos! El sencillo Bic azul se enorgullecía de ser imprescindible y a su primo el serio Mont Blanc le gustaba mantener una cierta distancia con los demás, como si fuera de la aristocracia, porque, como solía decir, "a mí sólo me usan para firmar los cheques". La verdad es que era elegante, pero demasiado estirado para ganarse la simpatía del resto de compañeros.

El lápiz era un buen tipo, siempre dispuesto a todo pero, eso sí, su afición favorita era discutir con la goma: "No sé para qué tienes tú que quitar lo que yo hago". Ella, que era tal para cual, entraba al trapo

Quizá usted mismo fue una pluma blanca que muchos jefes no supieron valorar

y le respondía: "Yo sólo borro lo que tú haces mal, ¡aprende a escribir sin fallos, listillo!". En el fondo se apreciaban.

Un buen día abrieron el estuche y el dueño eligió a la *Rara*. "¡Cielos, llegó el momento!", pensó ella resignada. Efectivamente, cuando el dueño se puso a escribir, al instante, exclamó: "¡Vaya, he vuelto a coger la pluma ésta de las narices! Me tiene frito. La voy a tirar". Ella quedó abatida. Lo sabía, había llegado su hora. No obstante, antes de que la arrojaran a la temible papelería, la hija del dueño exclamó: "¡Papi, dámela, a mí me gusta!". El padre se la dio sonriendo. ¿Para qué la querrá? Pensó que era cosa de críos y que se había encaprichado con su original forma. De pronto la niña gritó: "¡Eh, qué chulada, mirad!".

La joven tenía en sus manos un trozo de cartulina azul marino y se lo enseñó a su padre: "¡Mira papi, mira qué chulo!". "¡Hey, qué pasada, mira, David, qué bonito queda!". El padre pasó el cartón a su amigo y éste se quedó impresionado: "¡Caray, si es una pluma blanca! Qué bien queda la tinta blanca sobre un papel oscuro, nunca había visto una pluma así.". "Oye -dijo Tom-, podríamos utilizarla pa-

ra redactar las dedicatorias en las tarjetas de Navidad, este año hemos comprado *Christmas* oscuros y quedaría fenomenal escribir y firmar con esta pluma". "¡Gran idea, así lo haremos!", contestó su amigo. "¡Vaya -pensó la *Rara*-, ¡soy una pluma blanca! Claro, por eso parecía que no escribía. Resulta que soy superespecial, y encima voy a escribir las felicitaciones navideñas. ¡No me lo puedo creer!".

El dueño la devolvió con cuidado al estuche, pero esta vez se ocupó de colocarla en un lugar especial. Quitó la regla de su sitio habitual para que la fantástica pluma blanca tuviera un puesto privilegiado. Claro que la vieja regla, tan estricta y cuadrículada como siempre, no paraba de decir: "Eh, que ése es mi sitio, es el espacio de las reglas y siempre ha sido así". La *Rara* estaba feliz, contó el descubrimiento a todos y sus compañeros se alegraron mucho. Todos menos los rotuladores fosforitos, claro,



que cuando la pluma contó lo de las felicitaciones... ¡se pusieron amarillos de envidia!

Como la pluma blanca, a veces en la empresa uno se encuentra con personas *raras* con habilidades y enfoques muy especiales. Muchas veces acaban denostados sólo porque nadie quiso descubrir si esa rareza escondía una forma diferente de hacer las cosas excepcionalmente útil para ciertas tareas para las que los *normales* no sirven. Quizá usted mismo fue una pluma blanca que muchos jefes no supieron valorar y hoy es un profesional de éxito. No es lo mismo un conflictivo que una pluma blanca: a los primeros no les gusta trabajar, a los otros les encantan los retos. Descubra a sus plumas blancas y encontrará un grupo de elite que reforzará el equipo y le dará proyección de futuro.